

Films de Amor

LA NOVIA DEL AZUL

NÚM
302



Richard Arlen
J. Virginia Bruce

25
CTS.

ROBERTS, Stephen



FILMS DE AMOR

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES:
Valencia, 234-Apartado 707-Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería - Barberà, 14 y 16 - Barcelona

AÑO VII APARECE LOS JUEVES NÚM. 302

"Sky Bride," 1932

LA NOVIA DEL AZUL

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título interpretada por el simpático actor

RICHARD ARLEN

Narración de HARRY BALTYMORE

*Producción
de la invicta
m a r c a*



*Paseo de
Gracia, 91
Barcelona*

INTERPRETES

Alec Gordon RICHARD ARLEN
Alejandro Dugan JACK OAKIE

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Harold Goodwin, Tom Douglas ^{Charles} Starrett

PRIMERA PARTE

Celebrábase la feria de Lancaster y como en casi todas ellas, se había organizado un festejo aéreo, en el que tomaban parte tres amigos inseparables, mientras que otro desde el recinto de la feria iba explicando a los espectadores las características de cada uno de los pilotos que estaban en el aire.

Por unos dólares, aquellos tres seres, héroes anónimos de la aviación se jugaban casi a diario la vida, con una indiferencia y un arrojo, que daban la sensación de no correr ningún peligro.

El único que no volaba, o sea el explicador, era un muchacho que había tomado la vida a broma y por nada, ni por nadie dejaba si perenne sonrisa.

En aquella amistad que unía a los cuatro muchachos había encontrado el mejor ambiente para sus vidas de aventureros y la amistad fué ligándolos de tal forma, que podía decirse que en vez de amigos eran cuatro hermanos.

Aquella mañana, mientras evolucionaban los tres aparatos, Alejandro Dugan, o sea el encargado de explicar los vuelos les iba diciendo a los que los presenciaban:

—Este es el espectáculo más sensacional y emocionante... Aquí ven ustedes a las tres águilas de la aviación... Esta que pasa ahora sobre nosotros amenazando destruirnos es Bill Adams, mitad cuervo mitad águila... Aquel que vuela boca abajo es Eddie Smith, el hombre con alas desafiando la ley de la gravedad y miren ahora aquel que parece que va a estrellarse contra el suelo, ese es Ale Gordon, "El Rápido", el mejor piloto que se conoce desde que la aviación existe.

Verdaderamente los vuelos que realizaban aquellos tres muchachos eran como para poner los pelos de punta al más intrépido, y los que los presenciaban miraban atónitos todas aquellas acrobacias, claro está, que como profanos en la materia, no sabían darle toda la importancia que en sí tenían.

Por fin terminaron los vuelos y al descender, Eddie le dijo riendo al "Rápido":

—¿Has visto cómo no has podido darme caza?... Me he divertido de lo lindo.

El "Rápido", que siempre estaba de broma con su compañero, le dijo bromeando:

—Descuídiate y cualquier día te mato.

—No hagáis tonterías — les dijo Dugan

acerándose a ellos —. No vale la pena arriesgarse por estos palurdos.

—Yo me arriesgo por que me gusta — respondió Alec —. La aviación sin esas emociones no me interesa.

—Lo mismo me pasa a mí — replicó Eddie —. Hay que arriesgarse para sentir la verdadera emoción del aire.

—Pues ya verás mañana — exclamó el “Rápido” riendo alegremente —. Te voy a dar cada susto como para que no quieras subir en un aparato mientras yo vuela.

—Bueno — terminó diciendo Dugan —, dejarse de bromas y pensar que tenemos que estar en Springdale... Mañana hay que volar en la feria de allí.

—Nosotros iremos en los aparatos, tú puedes hacerlo en el camión del equipaje — le dijo Alec.

—¡A qué hotel iremos? — preguntó Dugan, preparándose para la marcha.

—Al hotel Senador — contestó Eddie.

—Pero, ¿no quedamos en que iríamos al Palace? — preguntó extrañado Dugan.

El “Rápido” advirtió una seña que le hizo su amigo y contestó:

—Sí, pero hemos cambiado de pensamiento. Búscanos en el Senador que nos encontrarás.

Volvieron a subir otra vez en sus aparatos, remontaron el vuelo y se dirigieron hacia la



En aquella amistad que unía a los cuatro...

nueva población, donde al día siguiente debían volar otra vez.

Aquella noche, cuando los amigos estaban en su habitación del hotel Palace, ya que le habían dado el nombre cambiado a Dugan, para gastarle una broma, el “Rápido” se vestía alegremente, mientras que sus compañeros lo miraban con envidia, pensando en los

dólares que les había ganado. Eddie no pudo contenerse y exclamó:

—¿Por qué será que cuando yo tengo reinas, tú tienes reyes?

—Porque yo te gano en todo — respondió riendo el "Rápido". Ya sabes que soy mejor que tú, lo mismo en el aire que en la tierra.

—Bueno, ¿y qué haremos con ese dinero que nos ha ganado?

El "Rápido" se lo quedó mirando extrañado y respondió:

—¿Querrás decir, qué es lo que haré?... En cuanto a vosotros os quedaréis en casa.

—¡Vaya un amigo! — murmuró Bill.

—Nos ganas y encima nos das esquinazo. Eso no está bien.

Mientras tanto el pobre Dugan recorría toda la población buscando el hotel Senador hasta que por fin se decidió preguntar a un guardia que le dijo:

—El hotel Senador no existe aquí.

—¿Y el hotel Palace? — preguntó Dugan.

El guardia le indicó la dirección de este hotel y Dugan se fué convencido de que allí encontraría a sus amigos. Preguntó por ellos en la dirección y al contestarle afirmativamente le dijo al encargado del hotel:

Haga el favor de avisarles que está aquí Alejandro Dugan.

El encargado llamó por teléfono a la habi-

tación de los jóvenes y Alecs, que se puso a aparato, respondió:

—No sabemos quién es ese Alejandro Dugan... No le deje subir.

—Dicen que no le conocen... ¿Está usted seguro de ser amigo de ellos?

—Hasta hace unas horas lo era, pero me parece que les va a costar caro este olvido.

Y al primer descuido del dueño del hotel subió a las habitaciones de Eddie y Alec.

Este había cogido una corbata de Eddie y su propietario luchaba con él para que no se la pusiera. Con el fin de evitar que se la quitase, salió en mangas de camisa por la ventana, perseguido de Eddie.

En aquel instante entró Dugan y al ver a los dos amigos peleándose fuera, cerró la ventana y los dejó sin poder entrar. Al darse cuenta Alec de la situación en que los había dejado Dugan empezó a llamar por el cristal diciéndole:

—Abre, Dugan.

—¿Y quién eres tú? — preguntó aquél, fingiendo que no lo conocía.

—Soy el "Rápido", tu amigo.

—Abrenos, hombre — insistió Alec — ¿no ves que nos estamos helando?

Y en vista de que no quería abrirlas, le dijo Eddie:

—Yo le entretendré mientras encuentras

una ventana abierta, luego me abres y lo arreglaremos entre los dos.

Eddie fué en busca de la ventana que pudiera estar abierta y cuando la encontró, se metió dentro de la habitación, pero procurando cerrarla también, impidiendo de aquella forma el que Alex pudiera entrar. Este se apercibió del juego y empezó a gritar.

—¿Quieres un dólar y me abres?

Mas Eddie, sin molestarse en responderle, le registró la americana y le quitó el dinero que les había ganado.

Alex siguió gritando y Dugan llamó por teléfono al dueño del hotel diciéndole:

—Oiga, haga subir a un policía. Aquí hay un individuo por fuera de la ventana que parece que es un ladrón.

Por fin Alec desesperado ya y viendo que sus amigos llevaban trazas de dejarlo allí toda la noche, dió un porrazo al cristal y penetró en la habitación, se abalanzó sobre Dugan y los dos estaban luchando encima de la cama, cuando se presentó el policía y el "Rápido" le dijo:

—Soy yo quien le ha llamado... Estos dos han roto ese cristal para entrar aquí.

—Les costará cinco dólares—respondió el policía.

Alec que creía que ninguno de sus amigos tenía aquel dinero, se echó a reir y les dijo:

—Ya lo sabéis, tenéis que pagar cinco dólares o vais a la cárcel.

Con un gesto magnánimo, Eddie sacó los cinco dólares que le había quitado a su amigo y se los entregó al policía diciéndole:

—Aquí tiene el dinero.

El "Rápido" se le quedó mirando extrañado, hasta que por fin una duda horrible cruzó por su mente, buscó en sus ropas el dinero que llevaba y comprobó que, en efecto, aquel dinero con que había pagado era el suyo.

No deje de adquirir todos los jueves

FILMS DE AMOR

**la novela blanca preferida
por todas las señoritas.**

El avión que se acercó volando al suelo el otro día, era el de Eddie, el piloto que había sido atraído por el aire y que, sin embargo, quería ser un hombre de negocios y no un piloto de aviones. Eddie era un hombre valiente. Iba a ser un hombre de negocios.

SEGUNDA PARTE

Al día siguiente, los tres amigos, tan optimistas como siempre, se hallaban en el campo donde se celebraba la feria, dispuestos a asombrar nuevamente con sus acrobacias a aquellas pobres gentes. En el momento de subir a los aparatos el "Rápido" se acercó a Eddie y le dijo:

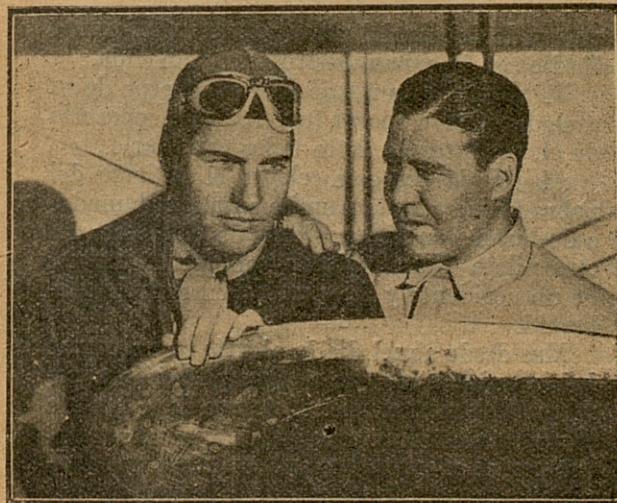
—Vas a ver como me pagas ahora lo que me hicistes anoche.

—Dejaros de locuras, muchachos—replicó Dugan—. Pensad que en el aire no se está tan seguro como en tierra.

—No le hagas caso — respondió riendo Eddie—. Este es un mal piloto, a quien yo le voy a dar hoy una lección.

Y siempre de broma, queriéndose como si fueran hermanos, los tres pilotos se remontaron en el aire y empezaron a hacer de las suyas.

El aparato del "Rápido" a veces se lanzaba sobre el de Eddie, pasando casi rozando con él, pero sin que el joven sintiese el menor temor, estaba seguro de la pericia de su ami-



—Pensad que en el aire no se está tan seguro.

go y sabía que nada podía ocurrirle. Sin embargo, en una de aquellas evoluciones, un ala del aparato de Alec se enredó con el tren de aterrizaje del otro aparato y los dos se desplomaron a tierra vertiginosamente.

El público que presenciaba el vuelo, lanzó un grito de espanto y se corrió hacia el sitio donde habían caído los aparatos. Cuando llegaron allí, encontraron a Alec con un brazo

roto y de debajo del otro aparato extrajeron a Eddie con la cabeza destrozada y sin vida.

El "Rápido" se arrojó sobre el cuerpo de su amigo y a viva fuerza tuvieron que separarlo de él, procurando entre todos consolarle.

Al día siguiente se celebró el entierro del pobre Eddie y los tres amigos fueron llamados a declarar. Las declaraciones de Gordon y del otro piloto Bills, hicieron ver que se trataba de un accidente y Alec quedó en completa libertad.

Mas desde aquel día la alegría que siempre había unido a los tres amigos pareció desaparecer. Alec se acusaba a sí mismo de la muerte de su compañero y eran inútiles cuantos razonamientos y consuelos querían darle sus amigos. Sobre su conciencia pesaba aquella tragedia y su vida se hallaba entenebrecida por el recuerdo de aquel momento que jamás podría olvidar. Incluso la permanencia con sus otros amigos le parecía horrible, ellos le recordaban siempre el accidente en el que había perdido la vida Eddie y terminó huyendo de ellos, para conseguir mitigar, con el olvido, el dolor que le atormentaba.

La desaparición de Alec intranquilizó a los otros dos amigos y lo buscaron por toda la ciudad sin que nadie les diera razón de él. Cuando llegó la noche Dugan volvió al hotel, donde ya estaba su amigo Bill y éste le preguntó:

—¿Has conseguido algo?

—Lo he andado todo y no lo he encontrado.

—¿Qué vamos a hacer?—preguntó desalentado Bill—. Estamos además arruinados.

—Eso mismo digo yo... ¿Qué vamos a hacer?

—Yo he recibido oferta y creo que la aceptaré... Es preciso ganarse la vida. Decídete a venir conmigo; quizás donde me ofrecen el puesto de piloto, haya otro empleo para ti también.

—Yo no puedo irme todavía—respondió Dugan—. Tengo que encontrar al "Rápido" donde sea, pero no quiero dejarlo solo con la depresión de ánimo que sufre.

Bill quedó en silencio unos segundos, hasta que finalmente respondió:

—Yo haré igual. Esperaré hasta ver si podemos dar con él.

Y los dos amigos se dedicaron desde entonces a buscar a Alec, por cuantos concursos aéreos se anunciaban y por donde creían podrían dar con él.

Después de varios días de busca inútil y de haber leído el programa de un concurso aéreo, Bill le dijo a su amigo:

—Dugan, yo no puedo seguir esta vida... Yo tengo compromisos que cumplir... Soy casado y he de ganar dinero para mantener mi hogar.

—Llevas razón—respondió abrazándole Du-

gan—. Has hecho todo lo que has podido... Yo no tengo a nadie en el mundo y seguiré buscándolo hasta el fin del mundo. Separémonos aquí mismo.

Los que durante tantos años fueron compañeros inseparables, se estrecharon emocionados las manos y cada uno partió para un sitio distinto.

Alec, temiendo que sus amigos intentaran encontrarlo, procuró alejarse todo lo posible de ellos, pero como sus recursos eran bien escasos, al poco tiempo, faltó de dinero, hasta para comer, se vió obligado a caminar de una a otra parte, en busca de colocación.

En una de aquellas peregrinaciones llegó a la puerta de un garaje, en la que había parado un coche y preguntó al dueño del taller, que intentaba poner el vehículo en marcha:

—¿Hay trabajo aquí, aunque sea por la comida?

—No hay nada—respondió el dueño.

Entonces Alec se fijó que en el automóvil había una joven que lo miraba con insistencia. Cohibido por aquella tenacidad con que lo miraba y por la belleza de la muchacha, Alec fué a marcharse, cuando el propietario del taller lo detuvo diciéndole:

—Ayúdame a ver si echamos este motor a andar.

Alec lo vió maniobrar por el motor del co-

che, hasta que finalmente intervino él diciéndole:

—Déjeme a mí... ya verá que pronto está reparada la avería!

En efecto, echó mano y a los pocos minutos el motor funcionaba normalmente. La propietaria del coche sonrió deliciosamente y le dijo:

—Parece que entiende de motores... ¿No buscaba usted trabajo? Yo puedo ofrecerle empleo en la fábrica de aeroplanos donde trabajo.

—¿En una fábrica de aeroplanos?—preguntó Alec, pensando que precisamente lo que él quería era no volver a ver en su vida un aparato más—. No me interesa trabajar en esa fábrica.

Y temiendo pudieran sospechar el por qué no quería trabajar en una fábrica de aeroplanos huyó de allí, sin dar más explicaciones.

Pero la vida se impone y muchas veces tenemos que claudicar, a pesar de los buenos propósitos, y Alec después de haber permanecido varios días corriendo de un lugar a otro, el hambre y el cansancio lo llevaron a la fábrica de aeroplanos.

Apenas lo vió la muchacha que le había ofrecido el empleo se acercó a él y le preguntó alegremente:

—¿Desea usted algo?

—Yo venía a...—empezó diciéndole Alec.

—¿Quiere usted trabajar, quizás?

—Sí, eso es—respondió tímidamente el joven.

Ella lo hizo entrar al interior de las oficinas y le dijo:

—Espérese un momento que hablaré con el gerente... Creo que no tendrá inconveniente en admitirlo, recomendándole yo.

Y así fué, puesto que a los pocos minutos apareció de nuevo y tomando un cuaderno para hacer apuntes le preguntó:

—¿Nombre?

—Alec—respondió el muchacho. A continuación le dió todas las demás señas que le pidió la joven y al terminar entró un hombre que dirigiéndose a ella le dijo:

—Hoy es la gran prueba, Ruth.

—Es nuestro piloto de pruebas—le indicó Ruth—. ¿Tiene usted licencia de mecánico?

Alec contestó negativamente y Ruth siguió diciéndole:

—¿No le interesaría practicar en el vuelo?

—No, no quiero volar—respondió Alec, demostrando tan gran temor que ella no pudo menos de decirle:

—Otros lo hacen y no les ocurre nada.

—Ya lo sé, pero yo no quiero volar.

—Está bien—terminó diciéndole la muchacha—, irá usted al taller, y si no conoce la ciudad le recomiendo una pensión que hay

aquí cerca... Allí paramos muchos de los que trabajamos aquí.

—Muchas gracias—respondió Alec, despidiéndose de ella y siguiendo a un obrero que había llamado Ruth para que le acompañase a los talleres.

Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en

Precio:
UNA pta.

**EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS**

TERCERA PARTE

Pasaron varios días, durante los cuales Alec demostró ser un buen obrero y además ser también un hombre poco amigo de conversaciones. Apenas si tenía amistad con ninguno de sus compañeros y hasta en la pensión, a la hora de comer cuando todos hablaban animados, él se mantenía callado, marchándose en cuanto acababa la comida.

Aquella actitud llamó la atención de Ruth, que pensó que algún misterio doloroso ocultaba aquel hombre para obrar de aquella manera.

Una mañana salían del taller y Ruth lo esperó para que la acompañase hasta la pensión. Al pasar por el campo de aterrizaje la muchacha le indicó un nuevo modelo de aparatos que acaban de construir y le dijo:

—¿No le gusta ese aparato?... Estoy segura de que alcanzará las trescientas millas.

—Lo dudo—replicó él.

Ruth le miró sorprendida y le preguntó:

—¿Por qué cree que no alcanzará esta velocidad?

—Por que tiene demasiado "diedral"—respondió Alec.

—¿Pues no decía usted que no entendía de aeroplanos?

Se dió cuenta Alec de que había estado a punto de descubrirse y respondió rápidamente:

—Lo sé porque lo he oído decir a algunos compañeros, que me parecía que entendían de ello.

Ruth no quiso insistir y se dirigieron hacia la pensión donde vivían.

Durante la comida, el nietecito de la dueña de la pensión jugueteaba por allí y hablaba con los empleados de la fábrica, pidiéndoles detalles de los aeroplanos y solicitando de todos que lo dejarasen subir en los aparatos. La abuela, una buena mujer, que adoraba en aquella criatura, respondía a muchas de sus preguntas para evitar que sus huéspedes se molestasen, hasta que uno de ellos le dijo:

—¿Cómo sabe usted tanto de aeroplanos?

—Será porque tengo un hijo aviador—respondió ella—. Hace tiempo que no tengo noticias suyas, pero el mejor día lo veo entrar de nuevo.

Alec, para quien la conversación empezaba a serle fastidiosa, se levantó y salió del comedor, mientras que uno de los huéspedes comentaba su actitud diciendo:

—¡Qué hombre más frío es ese!

—Es más serio que un policía de tráfico— exclamó otro.

—Y miedoso como hay pocos—replicó un tercero—. No hay quien le haga subir a un aeroplano, ni en bromas.

Ruth no podía soportar que hablasen de aquella forma de Alec y para no oír lo que de él decían, se fué también a la fábrica.

Aquella tarde, cuando menos se lo esperaba, Alec se encontró de pronto con Dugan y éste lo abrazó diciéndole:

—¡“Rapido”!... ¿Qué haces aquí?... ¡Te he buscado por todas partes!... ¿Vuelas?

—No—respondió secamente Alec—. Trabajo en el taller. No pienso volar en mi vida.

—Me gustaría trabajar contigo... ¿No habría trabajo aquí para mí?

—Creo que no—respondió Alec—. Además, pienso irme a otra parte.

Y sin despedirse siquiera de él entró a su departamento, mientras que Dugan se informaba de la pensión en que paraba su amigo.

Aquella noche cuando volvió a su habitación se encontró dentro de ella a Dugan y le dijo molesto:

—¿Qué haces tú aquí?
—Esperarte... Ya te dije que quería quedarme aquí—respondió el simpático Dugan.

—Puedes hacer lo que quieras, pero yo me iré.

—Entonces nos iremos los dos. Yo no pienso dejarte solo.

—¿No sabes que no quiero recordar nada de lo pasado?... No te quiero a mi lado... ¡Vete!

—No hables así, “Rápido”—le dijo Dugan—. Tienes que imponerte. Tú no tuviste culpa de nada de lo que ocurrió.

—Es inútil—exclamó con desaliento Alec.

—He tratado de imponerte el mismo razonamiento y no he podido... Es mejor que te vayas y me dejes solo.

—¿Por qué quieres que me vaya?—preguntó con tristeza Dugan—. Yo te he andado buscando por todas partes porque tenía la seguridad de que te hacía falta, quería ayudarte a olvidar y cuando te encuentro, cuando creí que me abrirías los brazos como un verdadero amigo, me pagas echándome de tu lado... No te guardaré rencor por eso, me iré, pero seguiré queriéndote.

Alec ante aquella queja no pudo contenerse y se abrazó a su amigo, que de un empujón lo tiró sobre la cama y empezaron a luchar y a bromear como en otros tiempos.

Gracias a la intervención de Alec y de Ruth, Dugan fué admitido en la fábrica y desde entonces comenzó para el joven piloto una vida nueva.

Ruth, al ver la intimidad que había entre los dos amigos, inquirió de Dugan el motivo

de aquel miedo y éste se lo explicó diciéndole:

—Alec ha sido siempre un gran piloto, pero debido a un accidente que costó la vida a un compañero adquirió ese odio a los aparatos y por esto no quiere volar.

—Pues tenemos que obligarle a que mañana vuela en las pruebas—exclamó Ruth.

—Poco he de poder si no lo consigo—respondió Dugan.

Pero aquel día, cuando los dos amigos se dirigían a sus habitaciones, la dueña le la casa llamó a Ruth y le dijo:

—Mire que carta he recibido.

Y al dársela se echó a llorar amargamente.

Ruth recogió el escrito y leyó su contenido que decía:

....Este Departamento tiene el sentimiento de notificarle la muerte de su hijo en un accidente de aviación, ocurrido durante una exhibición al chocar el aparato de su hijo con el de Alec Gordon...

Ruth quedó como anonadada ante aquella noticia y corrió a buscar a Alec para decirle lo que ocurría, pero su amigo la detuvo en la escalera y cuando se enteró de lo que se trataba le dijo:

—No le diga nada... Se lo diremos más tarde... Acuérdese que es preciso que vuela.

—Es verdad—murmuró Ruth—. Esto que pasa es terrible.



¡Aquella tarde, en el campo de aviación...

—Pero es preciso hacerle olvidar, para que consiga en la fábrica el puesto que debe ocupar.

Y convenido en ello, los dos jóvenes incluso no dejaron que aquel día comiese allí Alec.

Aquella tarde en el campo de aviación de la fábrica estaban dispuestos todos los aparatos para las pruebas, y pasados unos minutos

apareció el piloto oficial, para emprender los vuelos.

También estaba allí con todos los de la fábrica, el nietecito de la dueña de la pensión, que iba de un lado para otro pidiéndoles a todos que lo llevasen en un aeroplano.

Alec se acercó a él y le preguntó:

—¿Por qué no estás con tu abuelita?

—La abuelita no está buena—respondió el chiquillo—. No hace más que llorar.

—¿Y por qué llora?—preguntó extrañado Alec.

—Porque ha sabido que se ha muerto mi tío Eddie, el aviador... Hace dos meses que se cayó con su aeroplano y se mató.

Y con la ingenuidad propia de un chiquillo de su edad, le refirió cuanto había oído decir a su abuela, referente a la muerte de su tío.

Alec pálido como un cadáver se volvió a su amigo y le dijo:

—Lo sabías y me lo has ocultado...

—Iba a decírtelo esta tarde, después que volases.

—Es imposible—exclamó desesperado Alec.

—¿Dónde podría yo ocultarme que no me persiguiera este recuerdo... Yo no puedo estar aquí, sabiéndolo su madre todo.

Ruth intervino en la conversación y le dijo cariñosamente:

—Ella no le dejará marchar, Alec.



—Usted me ha salvado la vida.

—Esa mujer tiene derecho a odiarme—respondió con decaimiento el joven.

—Pero no lo hará porque es una santa—siguió diciéndole Ruth, sin que ninguno se preocupara más del chiquillo, que aprovechando aquel descuido se había montado sobre el tren de aterrizaje de un aparato que iba a partir.

La primera que se dió cuenta fué Ruth, que

al ver el aparato en el aire y el peligro que corría el chiquillo exclamó asustada:

—Hay que avisar a ese piloto, para que no aterrice... Mataría al chiquillo.

—Tienes que salvarlo—le dijo Dugan a su amigo.

—Imposible.

—Hazlo por Eddie, por su recuerdo—insistió su amigo.

—No puedo, me es imposible.

Su compañero se le quedó mirando y le dijo despectivamente:

—Está bien, no lo hagas. Nunca creí que fueras tan cobarde. Lo haré yo, aunque me cueste la vida.

Sin esperar a más cogió un casco y se dispuso a subir al aeroplano.

—¿Pero es posible que sea usted tan...?—exclamó Ruth, no queriendo terminar la frase de cobarde.

Alec sintió la ofensa en lo más íntimo y corriendo a donde estaba su antiguo compañero le quitó el casco y montó en el aparato.

Segundos después se acercaba a donde estaba el aparato en el que iba el chiquillo y exponiendo su propia vida, subió sobre las alas del avión.

Obligó al pequeño a que se descolgase y tuvo la suerte de apoderarse de él, si bien en el

mismo instante el aparato sobre el que iba subido cabeceó y los lanzó al espacio.

Afortunadamente Alec iba provisto de su paracaída y el descenso fué lento, evitando de aquella forma un terrible accidente que hubiera costado la vida al muchacho.

CUARTA PARTE

Ruth, sin esperar a Alec, cuando vió que había salvado al pequeño corrió a la pensión y puso en antecedentes de cuanto había ocurrido a la dueña.

Poco después llegaba Alec y entró directamente a verla. Estaba seguro de que la anciana lo arrojaría de su casa y su sorpresa fué grande cuando vió que ella le preguntaba cariñosamente:

—¿Es verdad que usted y Eddie fueron muy amigos?

—Nos queríamos como hermanos—exclamó Alec—. Nunca lo podré olvidar, como él tampoco me habría olvidado a mí.

La buena mujer lo abrazó conmovida y Ruth creyó llegado el momento de intervenir y le preguntó amorosamente:

—¿Verdad que ya no se irá?

—¿Quiere usted marcharse?—preguntó extrañada la dueña de la pensión.



—Son los niños que juegan.

Alec bajó la cabeza avergonzado por aquella idea de huída y respondió:

—Sí, pensaba irme...

—No puede marcharse—respondió la madre de Eddie—. ¿Quién mejor que usted po-

dría cuidar de mi nietecito, cuando yo me muera?

—¡Yo cuidaré de él!—exclamó Alec emocionado—. Yo seré para él un padre y una madre, todo junto.

—Una madre, no—replicó Ruth—, para eso me tiene a mí.

La abuela del pequeño, comprendió el sentimiento que unía a los dos jóvenes y con una liviana excusa salió dejándolos solos.

Los dos muchachos se miraron sin saber qué decirse, hasta que Ruth exclamó:

—¿Se acuerda usted de una pregunta que me hizo los otros días?

Alec quedó pensativo, sin recordar a qué se refería y ella volvió a decirle:

—Me preguntó usted que si sabía bailar...

—¡Es verdad!—respondió Alec.

—Pues ahora le contesto que no sé bailar, pero que quiero que me enseñe usted.

Al mismo tiempo lo miraba tan amorosamente, que Alec, ganado por aquella mirada, la estrechó en sus brazos diciéndole:

—Ruth, usted me ha salvado la vida... No me abandone nunca.

La joven movió negativamente la cabeza sonriendo deliciosamente y Alec haciendo más fuerte el abrazo en que la tenía, buscó sus labios para besarlos con infinita pasión.

En aquel instante gritos del chiquillo llamaron la atención de los dos, que corrieron a la puerta para ver de qué se trataba. Allí vieron al pequeño y Dugan que jugaban alegramente y Alec le dijo a Ruth riendo:

—No hay que preocuparse, son los niños que juegan.

Y mientras unos se divertían alegramente, los dos enamorados entraban de nuevo a la casa, sintiéndose más unidos que nunca por aquel amor que había nacido en sus corazones.

Cuentos de colores

**Colección
amena y
sugestiva**

Cuentos verdes

(No apta para señoritas)

Cuentos blancos

Cuentos lilas

Cuentos amarillos

Precio del tomo: 30 cts.

Pídalos antes de
que se agoten

— PEDIDOS A —

Editorial "ALAS"- Apart. 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

Los últimos éxitos de la temporada 1933
en
Ediciones Biblioteca Films

Precio de cada tomo: 1'00 peseta

INDISCRETA

Creación de los eminentes artistas GLORIA SWANSON
- BARBARA KENT - BEN LYON.
Producción: ARTISTAS ASOCIADOS

EL DR. ARROWSMITH

La novela de un cruzado de la ciencia, interpretada por
los artistas RONALD COLMAN y HELEN HAYES.
Producción: ARTISTAS ASOCIADOS

LA ULTIMA ACUSACIÓN

Una magna creación del ídolo JOHN BARRYMORE y
HELEN TWELVETREES.
Producción: R. K. O. Exclusivas SICE

DIPLOMÁTICO DE MUJERES

Creación de MARTHA EGGERTH y MAX HANSEN
Exclusivas: HUET

LA HIJA DEL DRAGÓN

Destacada producción del gran trágico SESSUE
HAYAKAWA - ANA MAY WONG - WARNER OLAND.
Producción: PARAMOUNT FILMS

Pida el nuevo Catálogo ilustrado de las inimitables
Ediciones Biblioteca Films que se remite gratis

PEDIDOS A:

Editorial "ALAS"-Apartado 707-Barcelona